

Salutatio junio 2008

AMOR A LA IGLESIA

Jesús María Lecea, Sch. P.
Padre General

En la *Salutatio* del mes de abril traté de compartir con vosotros la dimensión eclesial de nuestra vocación escolapia. Con el título de “En comunidad eclesial” inicié unas consideraciones personales, ofrecidas a todos para ayudar a ahondar en el sentido eclesial del escolapio, como conciencia y voluntad de pertenencia a la Iglesia. Elegí un enfoque positivo, excluyendo otros puntos de vista, de modo que fuera una invitación a sentir vivencialmente la fuerza gozosa y la decisión valiente que nos vincula a la comunidad eclesial en sus distintos aspectos, elementos y mediaciones. Retomo otra vez el tema, con la intención todavía de dedicarle una tercera y última *salutatio* más adelante. En ésta, que título “Amor a la Iglesia” propongo algunos trazos -no llegan quizás ni a ideas- sobre la realidad de la Iglesia amada y algunas de las cosas que comporta la práctica de dicho amor. Dejo para la tercera *salutatio* “eclesial” cómo el escolapio puede ubicarse en la Iglesia (talante, vivencias, posturas y comportamientos).

Cuando se habla de amar a la Iglesia, puede surgir la pregunta: ¿a qué Iglesia hay que amar? ¿de qué Iglesia se está hablando? Sigo adoptando una actitud ingenua en la respuesta: a la que hay. La que conocemos. Sabemos de su realidad y organización, de su vida interna, de sus miembros, de su modo de ejercer su misión, de las imágenes que la sociedad tiene de ella, de su modo de presentarse y relacionarse con el mundo. Tenemos el evangelio y la figura de Jesucristo, su fundador. En nuestros estudios tuvimos la asignatura de Historia de la Iglesia. Tenemos una experiencia y está también la experiencia de sus testigos más destacados, los santos, ya estén canonizados oficialmente o no. Me parece que son elementos suficientes, si no todos, para saber el objeto -quizás, mejor, sujeto- de nuestro amor, la Iglesia.

Recientemente Benedicto XVI evocó al beato Papa Juan XIII en el aniversario de su muerte, ocurrida hace 45 años, en 1963, con estas palabras: “La gente le llamaba *Juan el Bueno* o *el buen Papa Juan*. Convocó el Concilio Vaticano II, que inició la renovación de la Iglesia, la reforma de sus estructuras y la actualización de la liturgia... Que esta reforma dé frutos en nosotros y en la Iglesia del tercer milenio”. El Concilio Vaticano II (1962-1965) dejó un amplísimo legado doctrinal y pastoral sobre la Iglesia, que sigue siendo referencia actual para la misma. Es cierto que los años no pasan en vano ni para las personas ni para las instituciones y, así, el Concilio suena ya muy lejano en el tiempo para las nuevas generaciones. Sin embargo, sus enseñanzas se prolongan con viveza actual en sus contenidos acertados, más allá de las formas transitorias de circunstancias y géneros literarios. Llevado por esta vigencia de la doctrina conciliar, me ha parecido útil a la hora de hablar de la Iglesia en su configuración y naturaleza acudir a dos de los Documentos más importantes del Vaticano II: las Constituciones “Lumen Gentium” (LG), sobre la Iglesia, y la “Gaudium et Spes” (GS), sobre la Iglesia

en el mundo actual. Referencias a ambos documentos me van a servir para explicitar de qué Iglesia estamos hablando, más allá de las propias estimaciones, conocimientos y experiencias. No se trata, evidentemente, de una referencia teológica o doctrinal sino de una evocación “cordial” de cómo en el Concilio viene presentada la Iglesia, con la intención de sugerir al corazón que ama por encima de la mente que se deja adoctrinar.

Testificar nuestro amor a la Iglesia es cosa de todo bautizado. Aplicando la afirmación a nosotros, me atrevo a decir que testificar amor a la Iglesia es cosa de todo escolapio. “La Iglesia es en Cristo como un sacramento -afirma el concilio al comienzo de la LG-, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”. De forma más operativa, pensando en la misión, dice la GS: “La razón de ser de la Iglesia es actuar como fermento y alma de la sociedad” (GS 40).

Cuando se recorren las imágenes de la Iglesia, que el Concilio toma en primer lugar de la Biblia, uno parece percibir el ardor del corazón creyente que busca significado y objetivo al amor hacia ella. La Iglesia es “redil” cuya puerta única es Cristo; es “grey o rebaño” guiada por el mismo Cristo, Buen Pastor, que conoce a las “ovejas” y ellas conocen su voz, que las sirvió hasta la muerte por salvarlas. La Iglesia es “labranza”, campo fecundo donde crecen los árboles, como el olivo, la higuera, o los arbustos, como la viña, y todos se llenan de frutos, porque Dios es el agricultor. La Iglesia es también como “edificación o casa”: en ella habita la familia de Dios, por eso es “casa de Dios”. También es “templo” o lugar privilegiado de su presencia, sobre todo cuando este templo ya no es algo material, construido con piedras, sino el cuerpo glorioso de Cristo.

La Iglesia es como la “nueva ciudad”, “la Jerusalén del cielo” que apunta a la utopía humana más noble de aspirar a la perfección y a la total y definitiva felicidad. Todo posible por un gesto sin medida del amor de Dios al hombre. Finalmente, la Iglesia es como “esposa” a la que Cristo amó y se entregó por ella para santificarla, la unió consigo con una alianza eterna y la sigue alimentando y cuidando.

Todo esto, que suena a idílico y como a ensoñación, es figura de la Iglesia; es la meta hacia la que caminamos. El Concilio es también realista y confiesa: “la Iglesia camina en esta tierra lejos del Señor, se considera como en destierro”, lleva una vida escondida en Cristo pero mantiene viva la esperanza de la manifestación “con su Esposo en la gloria” (LG 6).

Después siguen otras imágenes que la teología cristiana ha desarrollado ampliamente como pensamiento, praxis misionera y espiritualidad. La Iglesia es “cuerpo” de Cristo, diversificada en sus miembros por vocaciones y ministerios, pero unida por el servicio mutuo entre hermanos y por la fuerza interior del Espíritu Santo, que habita en ella como el alma en su cuerpo. La Iglesia es visible y espiritual al mismo tiempo. Es bandera que ondea entre los pueblos como anuncio de salvación y es misterio invisible donde se hace realidad el abrazo paterno de Dios a todo ser que llega a él arrepentido, como en la parábola del hijo pródigo. Porque la Iglesia “encierra en su propio seno a pecadores y, siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación” (LG 7-8). La Iglesia es “pueblo de Dios”, cuya condición es “la dignidad y la

libertad de los hijos de Dios”. Este pueblo, que es la Iglesia, tiene como ley “el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros” y como finalidad “el dilatar más y más el reino de Dios... hasta el final de los tiempos” (LG 9). Ser pueblo de Dios significa filiación en fraternidad: confesar a Dios como Padre, porque en la vida nos hacemos hermanos. Por ello la oración de este pueblo no es otra que la del “Padre nuestro”. Con ella buscamos la gloria de Dios y nos comprometemos a llevar una vida de reconciliados.

En este pueblo, que es la Iglesia, hay jerarquía, hay ministerios, hay carismas y vocaciones. No es un todo indiferenciado o inorgánico. Pero todos, en el lugar de servicio -no de poder- que ocupan (laicos, religiosos y pastores) comparten una universal vocación a la santidad (LG 18 y 39).

Esta misma Iglesia, así presentada en la LG y aquí refigurada, es descrita en la GS como la Iglesia que se siente deseosa “de ofrecer a la humanidad su sincera colaboración para lograr la fraternidad universal” (3); humilde para decir a sus fieles que “no siempre tiene a mano la respuesta adecuada a cada asunto o problema” (33) y a sus pastores que fue “instituida no para dominar sino para servir”; sabia a la hora de ubicarse en esta tierra, “no ligada a ninguna forma particular de civilización humana ni a sistema alguno político, económico o social” (42), pero impulsora del “dinamismo en la promoción de los derechos humanos... que brotan del evangelio” (41). Una Iglesia lanzada por los caminos de “la vocación del hombre a la unión con Dios” (19), promotora así del ser humano.

Posteriormente se ha resumido todo el amplio magisterio conciliar sobre la Iglesia en la expresión “Iglesia de comunión”. La expresión es fácilmente comprensible y atractiva, aunque si en la práctica no sea fácil armonizar y conjuntar todos los aspectos y elementos que componen la realidad compleja de la Iglesia; menos todavía cuando las vivencias son distintas, aunque la diversidad en este aspecto sea normal.

A esta Iglesia, la que existe, a pesar de incoherencias, infidelidades y hasta pecados, unido todo a testimonios de santidad, debemos la transmisión del evangelio y de la persona y vida del Verbo encarnado, Cristo Jesús. Se cuenta de Jacques Maritain, que apenas convertido al catolicismo, fue increpado por algún amigo ateo de insensatez y sinsentido al dar su nombre a una institución tan despreciable como la Iglesia. El respondió: “he descubierto en Cristo la perla preciosa y la he encontrado en la Iglesia; aunque ésta sea como un estercolero, me hundiré de cabeza en él con tal de atraparla”. Hay en el amor a la Iglesia un “misterio de fe” de la pertenencia. A veces exige sacrificios y hasta sufrimientos a manos de la Iglesia. El amor hacia ella supone llevarlos con amorosa humildad. Este es el talante, valiente, libre y generoso al que nos lleva querer ser Iglesia. La confesión de eclesialidad es la confesión de la alegría de pertenecer a la Iglesia y el deseo imperecedero de ser contado siempre entre sus hijos.

Este mes de junio nuestro calendario familiar escolapio está lleno de felices aniversarios de ordenaciones sacerdotales. Hay de los sesenta, los cincuenta y los veinticinco. Toda una larga cadena de fidelidad. A todos mi oración y mi más sincera enhorabuena. Las Escuelas Pías se alegran con vosotros y dan gracias a Dios, compartiendo vuestra alegría por cuanto Dios ha

hecho de vosotros. Que os siga bendiciendo a manos llenas. Comienzo por los de sesenta años de sacerdocio escolapio: PP. Candido Corti, Piero Fusi, Calogero Migliore. Con 50 años de sacerdocio los PP. Carmine Danise, Mario Gerali, Mario Conti, Valerio Springhetti, Raúl Palma Gómez, José Atienza, Josep Maria Balcells, Josep Maria Beltrán, Miguel Brihuega, Teodoro del Val, Rafael Gosp, Félix Iguacen, Joaquín Lecea, Ignacio López Roitegui, Rufino López Barona, Antonio Martínez Sainz, Julián Sedano, Santiago Sistac, Fernando Torija, Stanisław Abłazewicz, Gerard Brumirski, Stefan Denkiewicz, Michał Górawski, Stanisław Klass, Andrzej Sojka, Zygmunt Woszczek. Los que celebran sus bodas de plata sacerdotales: Jesús María García de Eulate, Javier Rentería. *Ad multos annos!*